

MONOGRÁFICO I

*DE SÃO PAULO A PUEBLA. LA IZQUIERDA
IBEROAMERICANA ENTRE EL RETORNO Y LA
TRANSFORMACIÓN (1990-2024)*

Coordinado por

Juan Carlos Sales (Universitat Jaume I) y
César Félix Sánchez Martínez
(Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa)

Introducción

En 1992, buena parte de la izquierda latinoamericana se reunía en São Paulo para elaborar una estrategia de acción y un horizonte de análisis en medio de un escenario que, ciertamente, había trastocado todos sus pronósticos. La desaparición del bloque soviético y las tendencias globales, tanto en el plano político como en el intelectual, parecían reflejar un *Zeitgeist* irremontable a favor de las denostadas instituciones representativas de la democracia burguesa y de una economía de mercado libre en un grado inimaginable incluso para sectores de la derecha algunas décadas atrás.

La opción guerrillera se encontraba en su ocaso. Con la excepción de Colombia, en donde la insurgencia había precedido al *boom* de la guerrilla latinoamericana nacido de la revolución cubana de 1959, las antes promisorias experiencias salvadoreñas y guatemaltecas se vieron constreñidas a una mesa de negociaciones, con cierto sabor a capitulación, en Chapultepec y Oslo en 1992. Por otro lado, en Nicaragua, el gobierno sandinista había llegado a su fin. La capacidad de movilización y control transformadores de las masas, de las que el gobierno de Daniel Ortega siempre se había jactado, parecía desvanecerse con su derrota en 1990 a manos de Violeta Chamorro. También en 1992, Sendero Luminoso en el Perú, la más enigmática y singular entre las fuerzas subversivas de la región, se desmoronaba tras la captura de su jerarca máximo Abimael Guzmán. Las últimas algaradas violentistas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez en Chile y del Movimiento Todos por la Patria en Argentina no solo habían fracasado militarmente de manera estrepitosa y casi inmediata, sino que sumieron a sus perpetradores en el mayor de los descréditos. La Cuba de Fidel Castro, por su parte, afrontó durante aquellos años la austeridad extrema del llamado Periodo Especial luego de la desaparición del benefactor soviético.

Asimismo, en el Perú y Bolivia, donde la izquierda marxista electoral había sido una fuerza formidable durante la década de 1980, su influencia se desvanecía para el inicio de la década siguiente. La Izquierda Unida peruana, segunda fuerza política en 1985, enfrentó la derrota absoluta en 1990 fragmentada en dos bloques, bastante insignificantes, y vio cómo sus bases populares acabarían cautivadas por Alberto Fujimori y sus aparatos clientelistas. El MIR boliviano, de la mano de Jaime Paz Zamora, acabó convertido en una fuerza centrista en inverosímil alianza con la ADN del general Hugo Banzer.

Parecía ser que la única alternativa era adaptarse al discurso ecologista, altermundista y neoindigenista y procurar acceder al poder *soft* de las ONGs y de los cuadros medios de la burocracia estatal supérstite de gobiernos “neoliberales”. Hasta que, nuevamente, hizo su aparición lo inesperado.

En 1999, el exmilitar Hugo Chávez, entonces premunido, al menos *exotéricamente*, de un mero nacionalismo populista, inauguraba el ciclo

bolivariano de la izquierda latinoamericana, que se expandiría a Ecuador y Bolivia, y trabajaría en sinergia con el Brasil de Luiz Inácio *Lula* da Silva y con la Argentina de los Kirchner en pos de la hegemonía hemisférica. El sentido común “neoliberal” e institucionalista, al que buena parte de la izquierda regional había sucumbido, era expugnado por primera vez. El proyecto de Chávez no era una simple alternancia política reformista y redistributiva, como quizás muchos de sus electores iniciales pensaron, sino que se trataba del “socialismo del siglo XXI”, un proyecto continental revolucionario. La izquierda más clásica, reciclada en el socialdemócrata MIR de Teodoro Petkoff o en grupos ideológicos como el PCV y sus disidencias, miró al inicio con suspicacia e incluso hostilidad al fenómeno chavista, que en sus primeros años estaba peligrosamente cerca de los herederos del perezjimenismo y del gobierno de Alberto Fujimori en el Perú. A la larga, la izquierda más radical acabó sumándose al proyecto chavista que se alimentaba, sin embargo, no de la condición subjetiva leninista vinculada a la “línea correcta” de un partido de cuadros rígidamente ideológico, sino del retorno a viejos arquetipos de la política latinoamericana: el caudillaje militarista, el populismo y el discurso identitario patriótico, que, con algunas excepciones, habían sido siempre vistos con desconfianza por aquella.

En el caso de Ecuador y Bolivia, aunque la década se inició de manera auspiciosa para el llamado “consenso neoliberal” y para figuras y fuerzas políticas algo conservadoras en un grado inédito en la historia de esas turbulentas repúblicas, bastante pronto retornaría la endémica inestabilidad y la discordancia permanente entre ciertas fuerzas sociales organizadas y las instituciones políticas y sus agentes también institucionalizados. En este punto, mientras en la política los consensos macroeconómicos abrazaban a la mayoría de las fuerzas partidarias representadas en los parlamentos, emergían en las calles el indigenismo organizado ecuatoriano y el movimiento cocalero y los frentes urbanos en Bolivia, al inicio insignificantes en lo electoral, pero que irían conformando un nuevo sentido común político a medida que la llamada protesta social iba acumulando las fuerzas necesarias para la llegada al poder de caudillos como Rafael Correa y Evo Morales. En ambos casos, también la cultura política fue colonizada por discursos identitarios indianistas como el katarismo boliviano, los cuales, con una permeabilidad y atractivo mayor que la vulgata marxista tradicional, acabarían siendo promovidos desde el Estado como cosmovisiones hasta cierto punto oficiales, incluso durante gestiones consideradas como de derecha. Aunque en el caso de Bolivia el poder acabaría siendo para el MAS de Evo Morales, figura que no provenía de los cenáculos intelectuales kataristas sino del mundo dinámico y pragmático del sindicalismo cocalero de los valles tropicales de Cochabamba, bastante pronto su gobierno tomaría las banderas indianistas y se aprovecharía de ese nuevo sentido común político andino para afianzarse.

En lo que respecta al Cono Sur, en Argentina, Chile y Uruguay, la izquierda solo podía confiar en refugiarse en sus bastiones académicos y esperar la radicalización de las clases medias a partir de brotes de indignación más o menos puntuales y la consecuente colonización o simbiosis con proyectos políticos con alguna presencia previa en el *establishment*. El ejemplo paradigmático de esto sería la Argentina de los Kirchner (2003-2015). En Chile habría que esperar hasta 2019 para un escenario similar.

Esta primera ola bolivariana de reconstrucción revolucionaria, luego de la debacle de los 90, acabaría teniendo también su ocaso. Para 2019, solo Venezuela se mantenía bajo el socialismo del siglo XX, mientras que el resto de la región se había orientado hacia posiciones que iban desde el consenso centrista tradicional hasta incluso una derecha populista inédita. Sin embargo, la larga sombra del chavismo seguiría condicionando el devenir político latinoamericano por los próximos años.

La segunda ola izquierdista, que surge precisamente en 2019, de rostro fragmentario e identidad menos discernible, ha logrado, sin embargo, alcanzar el poder en antiguos bastiones conservadores como Colombia y Perú. 2019 no solo fue el año del estallido social chileno, que logró impulsar a la extrema izquierda chilena a liderar un malogrado proceso constituyente, sino también el de la fundación del Grupo de Puebla, abierto no solo a los residuos del caudillaje bolivariano de la primera ola, sino también a influencias progresistas transatlánticas, como el expresidente de España José Luis Rodríguez Zapatero, figura inicial representativa del cambio de tendencia de la izquierda española durante las primeras décadas del siglo XXI.

En este sentido, en el periodo de transición política tras la muerte del dictador Francisco Franco (1975), la izquierda española tuvo un protagonismo fundamental en el marco que completaría esa Transición democrática del país, ya desde las elecciones de 1977 y la Constitución de 1978. Los principales partidos representantes de las opciones de izquierda sería el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y el Partido Comunista de España (PCE), si bien la amalgama ideológica de los sectores de izquierda podía ir desde la socialdemocracia moderada hasta el extremismo izquierdista y comunista. En torno al PCE destacaría la figura de Santiago Carrillo, personaje con un papel clave en el desarrollo de los postulados del comunismo español, virando desde posiciones más extremas hasta la adopción de un papel más conciliador y asumiendo su rol, finalmente, en el proceso democrático dentro del marco de una Monarquía constitucional. Sin embargo, fue el liderazgo de Felipe González el que sobresaldría en las posturas de la izquierda durante los primeros pasos de la democracia española contemporánea. El joven abogado asumió en la campaña electoral de 1982 un discurso más moderno en términos de regeneracionismo español, con tintes internacionalistas pero ondeando la

bandera de la Constitución. Tras conseguir la mayoría absoluta, el Partido Socialista inició una nueva etapa de dominio parlamentario desde la izquierda durante las siguientes legislaturas, y se mantendría en el poder hasta 1996. En estos años, el destino de las relaciones internacionales por parte del PSOE se dirigió a dos puntos significativamente diferentes: el anclaje de España en la Comunidad Europea, que se consiguió formalmente en 1986 con la entrada en la Comunidad Europea, y las relaciones multilaterales con América Latina.

Tras un periodo en el poder del Partido Popular (1996-2004), donde el partido conservador español consiguió una mayoría absoluta en año 2000 de la mano de José María Aznar, regresó al mando del gobierno el Partido Socialista, esta vez con José Luis Rodríguez Zapatero como cabeza del ejecutivo. Esto significó, en un primer momento, el alejamiento de las posturas atlantistas tomadas por el gobierno de Aznar, por las cuales pretendía sumarse al núcleo estratégico de Estados Unidos y Reino Unido.

Si bien la izquierda institucional se estableció como gobierno de España entre 2004 y 2011, lo más destacado en cuanto al panorama sociológico e ideológico de la izquierda española fue la asombrosa irrupción del movimiento social conocido como 15-M, precisamente a comienzos del año 2011. Este fenómeno de protesta, autoproclamado “movimiento de los indignados”, surgió al albur de unas manifestaciones espontáneas organizadas por diferentes colectivos progresistas desde las redes sociales. Aprovechando la escasa popularidad con la que contaban los dos grandes partidos pXolíticos del país, este movimiento auspició lemas en torno al derrocamiento del bipartidismo, una mayor participación democrática, cambios en las medidas de ajuste ante la crisis económica o el fin de la corrupción política. Sin embargo, tras el estallido del 15-M, el Partido Popular se volvió a hacer con una mayoría absoluta en las elecciones del 20 de noviembre de 2011, si bien los partidos tradicionales perdieron votos a nivel general. Es en este contexto cuando, en las elecciones al Parlamento Europeo de 2014, el partido recién creado con el nombre de Podemos logra canalizar gran parte de todo ese descontento social hacia sus propias bases. Este partido se creó alrededor de un cónclave de profesores e investigadores de izquierda de la Universidad Complutense de Madrid, en su mayoría asociados a la politología, y cuyo mérito fue saber dirigir políticamente las proclamas que tanto éxito habían tenido en la calle. Es esas elecciones europeas Podemos logró un ocho por ciento de los votos y se hizo con cinco eurodiputados

El primer objetivo de Podemos fue derrumbar el tablero político del 78, esto es, hacerse con el poder eliminando lo que ellos denominaron la “casta política”, en un juego de posicionamiento social abajo-arriba (o el pueblo contra la élite) de remembranzas neo-populistas. No es de extrañar que muchos de los miembros fundadores de este partido hubieran participado en

las tareas de asesoría de gobiernos populistas en América Latina, tales como Venezuela, Ecuador o Bolivia. Los dirigentes del nuevo partido entendieron que los moldes de la Izquierda tradicional –marxista, cultural, guerrillera, leninista, revolucionaria– quedaron inservibles en los espacios posmodernos y mediáticos actuales. El modelo por seguir serán las experiencias populistas latinoamericanas iniciadas desde el chavismo a finales de los años 90.

Es este momento de confluencia intercontinental, cifrado entre el auge chavista y la formas del descrito neo-populismo el que nos da la pistas históricas, políticas y sociales que quieren ser protagonistas en el presente monográfico. Pero esta segunda ola izquierdista (2019-...), nucleada en torno al Grupo de Puebla, presenta una fisonomía más difusa. Aunque se beneficia todavía de cierto impulso de la primera ola bolivariana, la presencia entre sus liderazgos de figuras vinculadas a arquetipos humanos clásicos como el exlíder guerrillero Gustavo Petro y el dirigente estudiantil Gabriel Boric, así como amplias coaliciones que recuerdan los viejos frentes populares, son una herencia de la vieja tradición izquierdista latinoamericana del siglo XX. Otra particularidad es el mayor énfasis en las llamadas causas *woke*, importadas desde Estados Unidos, y de correlato incierto ante la opinión pública. ¿Marcará esta segunda ola la historia de Latinoamérica en el grado que lo hizo el bolivarianismo? El tiempo lo dirá, pero su panorama variopinto y fragmentado hacen pensar en que se trata, más bien, de un fenómeno de transición hacia otras manifestaciones más definidas de la tradición revolucionaria iberoamericana.

Juan Carlos Sales y César Félix Sánchez Martínez (coords.)

